

para que si esas personalidades algo nuevo proponen, lo demos a conocer a nuestros lectores para lograr la unificación de un pensamiento benéfico por mil títulos.

Volvemos a hacer constar que no abrigamos el menor temor.

La Sociedad Filarmónica "Angela Peralta" prepara una audición musical, que tendrá su verificativo en el Teatro del Conservatorio próximamente, con motivo del aniversario de la muerte de nuestra artista mexicana. Hay el deseo de presentar buena música y algo digno del objeto a que se consagra.

ORLANDO KADOR.

AMOR DE MADRE.

Que la mujer tiene en nosotros una saludable y trascendental influencia, es una verdad que no necesita demostración. Negar la importancia, la abnegación y aun las virtudes de la mujer, y sacar a relucir sus defectos, es la mayor de las injusticias; porque sus defectos, pues toda obra humana es imperfecta, quedan oscurecidos por sus grandes virtudes. Esto lo reconocen hoy tanto los historiadores como los poetas y todas las personas eruditas; pero hubo una época en la que no sólo se desconocía la influencia, importancia, abnegación y virtudes de la mujer, sino que se cuestionaba muy formalmente si tenía o no alma, y aun llegaron algunos doctores de la antigüedad, a dudar si este ser tan encantador pertenecía al género humano.

¡Parece mentira que se dudara si tenía alma la que es alma de nuestra alma y vida de la familia! ¡Dudar si pertenecía al género humano la que cifra toda su ventura en inmolarse por su familia y por la humanidad! ¡La que, dejando sus más caras aficiones, corre de pueblo en pueblo en busca de los que lloran para enjugar sus lágrimas y en busca también de los enfermos para prodigarles sus cuidados, sin más recompensa que la satisfacción de haber socorrido al necesitado!

¿Quién no inclina la cabeza con respeto ante un ángel de la tierra, ante una hermana de la caridad? ¿Quién no se humilla ante los delicados sentimientos que adornan el alma de la mujer? ¿Quién no pronuncia con santa veneración el dulce nombre de madre, el nombre de aquella que nos llevó en su seno y que luego despojó las nieblas de nuestra inteligencia, infundiéndole su fé en nuestros infantiles corazones y formándonos la conciencia para grabar en ella el nombre de Dios? ¿Quién no siente inefable consuelo al pronunciar el dulce nombre de madre, primer nombre que el niño modula en la cuna, y último que articularán más tarde sus labios moribundos?

Si fuera poeta, diría que la mujer tiene más de divina que de humana; porque solamente un espíritu privilegiado puede llevar con satisfacción y contento una vida que no es más que un continuado sacrificio.

Su abnegación no tiene límites.

Es sublime como todos sus sentimientos, como su alma.

Es la humana parodia del drama del Calvario.

Es la serie continuada y jamás interrumpida de sacrificios increíbles.

Nosotros que nos preciamos de fuertes, no tenemos como ella ese valor que la distingue; conocemos sus efectos, pero no podemos apreciarlos en toda su magnitud.

En esas luchas íntimas y cruentas que se desarrollan en el seno de las familias, somos cobardes a su lado.

Nosotros poseemos la superioridad en las luchas físicas, pero no en las morales.

Así como a nosotros nos agobia el peso de las amarguras, a ella le da más y más fuerzas.

Como el ave Fénix renacía de sus propias cenizas, así de sus ilusiones muertas, de sus decepciones, brota más poderoso, más sublime su valor.

Ella, por evitarnos penas, nos habla con la sonrisa en los labios y lágrimas en los ojos. Nos muestra tranquilo el semblante cuando más desgarrado tiene el corazón.

Nosotros poseemos mil medios de mitigar, o por lo menos olvidar por algunos instantes, nuestros sufrimientos; pero ella, encerrada en el fondo de su hogar y a solas con su pensamiento, es atormentada continuamente por su propio dolor.

¡Ah! el dolor es una herida abierta en el corazón que no cesa de verter sangre y que jamás se cicatriza. Es una sombra pertinaz que invade todo nuestro ser, imprimiendo a los pensamientos y sensaciones sus tintas oscuras, sin que el olvido, esa densa niebla interpuesta entre el ayer y el mañana, logre nunca borrarla y mucho menos extinguirla. Este dolor es como una sed nunca apagada, como un hambre insaciable, dolor del ideal, dolor de los dolores humanos, que ningún sonido puede expresar, que en ninguna frase puede compendiarse, que es algo extraño como los misterios de la muerte, como el magnetismo de la inspiración, como la electricidad del sentimiento.

Cuando se encuentra sola, vienen a su mente, como por misterioso llamamiento, esas ideas y esos pensamientos que viven y se alimentan de su propia existencia.

En vano sería que en esos momentos tratara de alejarlas de sí; en vano que haga memoria de otras cosas. . . . ¡Siempre el recuerdo! ¡Siempre las sombras pugnando por ser luz!

Pues bien, este valor del sufrimiento no brilla como el valor brutal, sino que se pierde en la oscuridad y el silencio.

Pietro estaba colocado en el cercano pueblo, y todos los días marchaba por la mañana a cumplir con su destino, y por la tarde, cuando el sol se ocultaba tras las vecinas montañas, retornaba a su hogar recibiendo un placer al contemplar a su esposa Angiolina y sus pequeños Benedetto y Lucrezia, que salían a recibirle.

Era una de esas hermosas tardes de primavera, en que parece respiramos un aire más puro y que las flores muestran más brillantes colores y brindan más delicados perfumes.

Angiolina había terminado los quehaceres de su casa y se encontraba sentada al lado de la cuna de su tercer hijo, dejando correr su fantasía en alas de la esperanza, por el puro cielo de sus más puros ideales.

Lucrezia y Benedetto jugaban en el campo, cuando un grito desgarrador vino a distraer a la joven de sus meditaciones.

Aquel grito le llegó al alma, y al escucharle se lanzó como una loca en busca de sus hijos.

Al llegar a la puerta, vio a Benedetto que, pálido y desencajado, conducía a la llorosa Lucrezia de una mano, que estaba cubierta de sangre.

De improviso se iluminó su pálido semblante. — ¡Hija mía! Vivirás. . . . ¡sí. . . . ¡Lo que quede hecer un perro, ¡no pueda hacerlo yo! Dijo y aplicó sus secos labios a la herida emponzoñada, y aspirando una vez y mil, salvó su hija. Mientras pasaba esta sublime escena, se dirigía a su hogar el esposo completamente ajeno al infortunio que le aguardaba.

Ya creía ver a su esposa con la sonrisa en sus labios salir a su encuentro en unión de sus pequeños, que desprendiéndose de su madre iban a abrazarse de sus rodillas.

En esto vio a Benedetto que, con el semblante lívido y la vista extraviada, se dirigía a él.

— ¡Qué tienes! ¡qué te asusta! preguntó.

Entonces el inocente niño, con la voz convulsa, refirió a su padre cuánto acababa de suceder.

Pietro sintió que el suelo le faltaba bajo sus pies; quiso correr y no pudo, quiso hablar y su lengua permaneció muda, y si no hubiera sido por una cercana encina, hubiera dado consigo en tierra.

Un grito de su hijo le hizo volver en sí, — ¡Padre! . . . dijo el niño. . . . ¡mira la viva!

— ¡Cuál!

— La que mordió a Lucrecia.

— ¿Dónde está?

— ¡Mírala; da vueltas en tu bastón.

— ¡Oh, Dios clemente! . . . ¡bendita sea tu inmensa bondad! . . . Angiolina! Angiolina! . . . gritó corriendo hacia la casa.

Al llegar a la casa encontró a su esposa disponiéndose a morir, y orgullosa del sacrificio que había hecho por salvar a su hija.

— ¡No morirás! dijo estrechándola en sus brazos.

Ella le miró tristemente, reflejándose en sus negros ojos el divino fuego de la resignación.

— Tú has querido ser víctima de tu amor de madre; pero no temas, vida mía; en tu vejez, tu Lucrezia acariciará con esa misma mano las canas que algún día orlarán tu frente.

— ¿Qué dices? . . . ¿Y este veneno?

— No hay tal veneno, porque una inofensiva culebra fue la que mordió a nuestra hija.

Ambos esposos se abrazaron llorando. Lucrezia jamás olvidó el sacrificio de su madre.

Alejandro Manly de Azofra.

HOY.

No de lo porvenir entre la densa Sombra, con que se vela impenetrable, Te finjas con empeño infatigable La pena atroz ó la desgracia inmensa.

No del pasado la terrible ofensa Llames a nueva vida; que indomable, Al recuerdo de tiempo miserable Oponga el corazón tenaz defensa.

Pasó el ayer, llevóse su quebranto; El mañana no llega todavía; ¿Por qué lo que no existe causa espanto?

No oprima al corazón la fantasía Que en esta vida de dolor y llanto Le basta su pesar a cada día.

Vicente Riva Palacio.

LA VELETA.

Erguida sobre el alto campanario, Y despreciando al rayo resonante, Sensible la veleta, sigue amante Del caprichoso viento, el rumbo vario.

Ya la agita un impulso, ya el contrario La detiene ligera y vacilante, Y al rudo soplo de huracán pujante Responde con gemido funerario.

Como ella, de la vida en el camino, Hallamos almas que con santo anhelo Siguiendo van nuestro fatal destino.

Dulces fuentes de amor y de consuelo, Retratando en su fondo cristalino La tormenta ó la luz de nuestro cielo.

Vicente Riva Palacio.

Su lema es la satisfacción de conciencia y su bandera la abnegación del sacrificio.

Yo concibo la magnitud de ese valor, y como no me encuentro capaz de él, lo admiro y lo bendigo.

En ninguna mujer se encuentra esta abnegación tan grande, tan sublime como en el corazón de una madre.

Si lo dudais, mis amables lectoras, oidme.

II

En la hermosa Italia y a una distancia próximamente de dos kilómetros del pequeño caserío de Villars, la carretera sigue la línea recta, cruzando la llanura en una extensión de más de tres mil metros, por medio de terrenos cultivados, frondosas huertas de naranjos y granados, y algunas villas y pequeñas casas de campo rodeadas de bellos jardines.

En una de estas casas, que se destacaba algo aislada de las demás, vivía un feliz matrimonio que todo su encanto lo cifraba en tres pequeños vástagos.

La felicidad que puede existir de tejas abajo, reinaba en aquel nido de amores.

— ¡Hija mía! . . . ¿qué tienes? . . . ¿por qué lloras? . . . ¿qué sucede? . . . exclamó Angiolina fuera de sí.

— ¡Que una vívora picó a Lucrezia! replicó el rapaz con trémulo acento.

— ¡Una vívora! . . . ¡Hija mía! . . . ¡Socorro! ¡Socorro! . . . ¡Mi Lucrezia! . . .

Angiolina, fuera de sí, estrechaba contra su materno seno a la infortunada niña, y

— ¡Socorro! ¡Socorro! . . . repetía con creciente angustia, sin que nadie viniera a socorrerla.

De pronto oyó unos pasos, se lanzó a la puerta y vio cruzar un hombre por el cercano sendero.

— ¡Ah! . . . venid, ¡señor! . . . venid, por piedad, que una vívora ha mordido a mi hija, gritó la joven con suplicante voz.

— Buscad un perro que extraiga el veneno de la herida, dijo el viajero prosiguiendo su camino.

— ¡No hay perro en casa, y mi hija se muere! . . . ¿qué hacer? . . . ¿qué hacer? . . . ¡Dios mío! . . . gritaba la infeliz retorciéndose las manos con creciente desesperación.